

de esas golpizas: «Estaba sentada mirando fijo como si hiciera una tarea vieja. Hace tres días que no voy a la escuela. Mi padre me fue arriba y me golpeó la cabeza contra la mesa. Pensé que me sacaba el ojo. Vino por detrás, sin decirme nada. Sabía que me pegaría, lo sabía bien. Pero no puedo hacer nada». Y, aunque luego ella se extiende en detalles dolorosos, el tono es el de alguien acostumbrado a esa violencia. Tono de quien hace una tarea vieja.

Caben en estas páginas las quemadas de libros, las entrevistas radiales abortadas, los adolescentes acusados de leer un volumen, los militares que golpean a estudiantes y les tocan el culo, la clausura de exposiciones, el encarcelamiento de disidentes, el exilio... Y en medio de todo, como salvación, la escritura del diario. «Sin él no llego a los veinte años», avisa Nieve Guerra. Los tomos de escritores exiliados han de ser escondidos, la radio extranjera escuchada clandestinamente, y los cuadernos que soportan ese diario son disimulados en un entrepaño o llevados siempre encima. Porque su padre los prohíbe, porque los prohíbe su amante pintor. Nieve se siente fuera de la familia, de la escuela, del mundo que rodea a su amante, y su mejor lugar parece estar en ese diario. (Alguna vez, dentro de la psicosis de guerra que alimenta a la sociedad cubana, lo compara con un refugio antiáereo).

Sobresalen en él las anotaciones dedicadas a la madre. Indudablemente, *Todos se van* es un homenaje a la figura de ésta. Retrato del linaje de los retratos maternos hechos por Aristides Fernández (la madre de Whistler, pero cansada de la vida), la madre de Nieve Guerra resulta el más notable personaje del libro. «Mi madre hizo un pacto con el viento porque a la radio se la lleva el aire», se nos dice de ella. O esto otro: «Es raro, mi madre vive en esta misma oscuridad; sin embargo, todos vienen a la casa para pedirle una luz sobre las cosas».

Desamparada, errática, da tumbos o consejos por estas páginas. Corre a meterse en la cabina de una estación de radio lo mismo que su hija entra en el cuaderno donde escribe. Padece de una generosidad que olvida toda prevención, la rodean siempre amigos (ella dobla el plato si es preciso), y el diario de adolescencia llega a contar el alejamiento, los esfuerzos de la hija por no repetirla, por no repetir ese destino. Se van todos, y Nieve se va de la casa materna.

Haber logrado que ambos diarios, primera y segunda parte de este volumen, fuesen igualmente interesantes, es un trabajo bien cumplido por la autora. El descubrimiento del amor la hace incurrir, sin embargo, en alguna que otra infelicidad. «Inflamada en aguas raras fluía en jadeos involuntarios que se convertían en temblores incontrolables», escribe. O agrega, sobre un himen: «la rigidez grácil de mi pequeñita y fuerte cortina genésica». Ese primer sexo se anota con inusual engolamiento, con un descuido que no aparece más a lo largo del libro.

Otro punto flaco trae el amor: Antonio escribe a Nieve una carta de despedida repleta de sucedidos históricos, aburrida enumeración con la que le echa en cara cuánto del mundo ella ha dejado fuera de sus diarios. (Antonio es la única figura masculina que acepta que ella escriba, aunque luego le haga reconvencciones). Al leer su carta podemos sospechar que estamos ante uno de esos momentos de autocrítica en los cuales un autor se impugna a sí mismo, se hace crítico y futuro. Pero lo fallido aquí es que tal crítico anda falto de razón: mucha realidad queda fuera de los diarios hilados por Nieve Guerra, pero existe dentro de ellos tantísima realidad cubana de los últimos años. Y no referida alegóricamente, lo cual constituye otra virtud del libro.

Wendy Guerra (La Habana, 1970) ha conseguido en su primera novela un mundo, un personaje memorable y, sobre todo, el tono de una niña que se hace adolescente. *Todos se van* obtuvo el año pasado el Premio Bruguera de Novela. ■

Desde otro lado

JORGE LUIS ARCOS

Milena Rodríguez
El otro lado
 Editorial Renacimiento,
 Sevilla, 2006, 74 pp.
 ISBN: 84-8472-284-8

EL POEMARIO *EL OTRO LADO*, DE MILENA RODRÍGUEZ, como su propio título sugiere, se alimenta

de una extrañeza incesante. Con un lenguaje sencillo, conversacional, la poeta va mostrándonos esa extrañeza tanto ante las cosas más comunes como ante los grandes temas de su tiempo. A menudo se apoya en un diálogo con otros poetas. Diríase que todavía transita ese inevitable y fértil período de descubrimiento que hace de un poeta un viajero por tierra desconocida. Todavía Milena va hacia la poesía, no regresa de ella, y acaso por ello su tono casi nunca es sombrío, y, más bien, predomina el asombro que el escepticismo. Sin embargo, su mirada, no por tranquila deja de estar alerta ante los inquietantes signos de la devastación, de la caducidad del tiempo y de la muerte. Ella anota, señala, sin énfasis, como con cierta displicencia, con cierta sabiduría femenina, con un sentido común infalible, el reverso de todo énfasis, de toda elocuencia, de todo estereotipo. En este sentido es como una viajera que anota en su diario breves indicaciones para futuros viajeros.

El otro lado puede ser terrible, ya lo sabemos, pero también puede ser un lugar sencillamente diferente. Esa mirada la distingue de tanto poeta abrumado por el imperativo de la reacción contra un conversacionalismo venido a menos, como sucedió en la poesía cubana de los 80 y 90. El poeta, entonces, quería dejar bien claro su diferencia, su singularidad. Y, sobre todo, su hambre de una nueva cosmovisión. Frente a tanto discurso ingenuo o ingenioso, frente a tanto énfasis generacional, o profesión de fe ética, o tanto amargo escepticismo, esta poeta no escribe ciertamente *sobre* el otro lado, sino *desde* otro lado. Aquellos poetas tuvieron que reinventar una tradición minada por una devastadora utopía, tuvieron que emerger desde las ruinas de una Historia apócrifa, como verdaderos supervivientes. Conocieron la diáspora, el exilio o insilio. Fueron los hijos del tantálico discurso paterno de lo reprimido, los fantasmales habitantes de los aposentos del rencor, el resentimiento. Estaban como marcados por un estigma antiguo y terrible del que había que apresurarse en escapar. Milena, sin embargo, sin desconocer ese terrible síntoma, no parece obligada a padecerlo. Ella escribe, pues, *desde otro lado*. En este sentido, no teme echar mano a la tradición poética de sus mayores. Para ella esa tradición no es sólo ese enorme peso del que hay

que desviarse a toda costa, sino un vastísimo tejido al que se puede regresar como jugando. Qué terrible ironía que se pueda jugar sencillamente con los que fueron una vez símbolos oscuros de una historia humeante y despiadada. Escribe en «Alquimia»:

Al sol suben los sueños,
las guitarras, los libros:
el alma del futuro que inventamos.

Del sol bajan rencores,
desilusión, angustia:
el cuerpo del futuro que inventaron.

Como una niña frente al mar, que juega en la arena con los vestigios de una antigua Troya, que el mar devuelve como al azar, luego de devorarlos y quitarles toda resonancia épica o trágica. Acaso esa actitud casi inocente pueda ser el último recurso de una poesía tan maniatada por luminosas y falsas utopías o por oscuras e inhabitables profecías —lo que acaso ella nombra como «la Sublime Ilusión del Gran Hastío»—, para volver a nacer.

Pero toda inocencia —leer, por ejemplo, el poema «Inocencia entre las olas»—, aunque saludable, puede ser cruel a su pesar. De ahí esa visión ambigua que late entre los entresijos de sus poemas. Como una rediviva Alicia que viaja a través del espejo hacia un país desconocido.

Otros poemas son más directos, como el trágico «Oración de los padres cansados», o el simbólico —acaso mi preferido— «Palabras de un inocente que despide a Gastón Baquero, desde la arena de una playa, en La Habana de 1959». Pero tal vez el más perfecto, y que transcribo íntegramente, sea el penúltimo poema del libro, «La piel es un sitio inseguro», y que está precedido por un verso de Fina García Marruz: «Ya yo también estoy entre los otros». Dice así:

Descubrirme sentada al otro lado,
en el sitio de aquellos, los que entonces
mirábamos pasar como traidores,
como islas que huían de la isla.

Seguros cada uno en nuestro nombre,
eran ellos mentira, sombra oscura,
sólo un número menos en la Historia
que borrábamos dócil, mansamente.